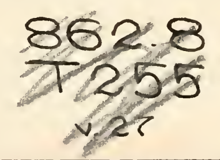
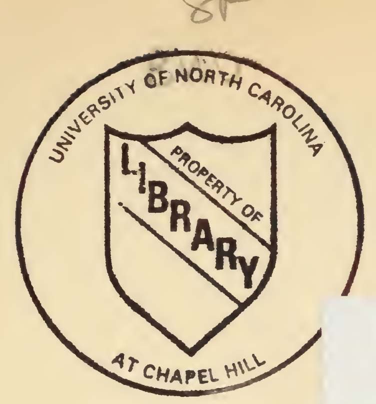

VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT · SIGILLVM
LVX
LIBERTAS




UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL


a 00002 34005 0


LUX
LIBERTAS

HENRI LAVEDAN

EL DUELO

OBRA EN TRES ACTOS

: : EN PROSA : :

IMPRENTA Y LIBRERÍA MODERNA
LOGROÑO : : 1915

Al ilustre crítico teatr
y literato, mi buen am
Eugenio. J. Roesset
Salvador Arag

EL DUELO

A la muy ilustre

Marquesa de Argüelles

Por la leyenda de bondad y de señorío que de usted llega a toda España, veo una gran semejanza moral con la Duquesa de Chailles, egregia dama creada por el genio de Lavedan.

Bien sé que los sucesos de ambas vidas no tienen ningún parecido, pero lo tienen inmenso sus nobilísimas almas.

A la cuenta de sus bondades, una usted el perdón a mi atrevimiento.

Salvador Aragón

EL DUELO

OBRA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

DE

HENRI LAVEDAN

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA POR

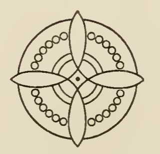
SALVADOR ARAGÓN

Y

BASILIO AUGUSTI

Estrenada con gran éxito en el Teatro de la Princesa, de Madrid

5 de marzo de 1907



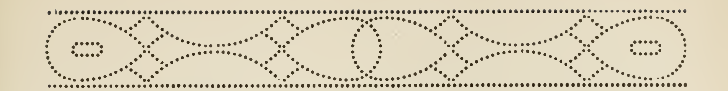
LOGROÑO

IMPRENTA Y LIBRERÍA MODERNA

1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA DUQUESA DE CHAILLES . .	Sra. Tubau.
EL ABATE DANIEL, Vicario de Santa María de los Mártires	Sr. Reig.
EL DOCTOR MOREY.	Sr. Echaire.
MONSEÑOR BOLENE, Obispo de Pi-Tchi-King	Sr. Palanca.
UN PORTERO	Sr. Jorge.
UN DOMÉSTICO CHINO	Sr. Valle.
UN ENFERMERO	Sr. Molinero.
IVONA, criada del Abate Daniel . . .	Sra. Bertomen.



ACTO PRIMERO

Despacho elegante del Doctor Morey

ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR, UN ENFERMERO

(Al levantarse el telón, el Doctor lee. Un Enfermero entra con una tarjeta en una bandeja.)

ENFERMERO Esta tarjeta de un periodista extranjero.

DOCTOR (Lee la tarjeta y hace un gesto, como diciendo «no le conozco».) ¿Qué quiere?

ENF. Ver el establecimiento.

DOCT. (Devolviéndole la tarjeta al Enfermero.) Acompáñele usted a dar una vuelta por los pabellones y por los jardines.

ENF. Es que desea visitar el interior.

DOCT. No es posible. Este es un establecimiento de pago donde nadie puede visitar a los enfermos sin su permiso.

ENF. Eso le he dicho yo. (El Enfermero va a salir, y el Doctor lo llama.)

DOCT. ¡Ah! ¿Han preparado todo para la salida del señor Duque de Chailles?

ENF. Todo.

DOCT. A las cuatro marcha.

ENF. (Sacando el reloj.) Aun no son las tres.

DOCT. ¿Está la señora Duquesa con su marido?

ENF. Voy a enterarme. (Fijándose que viene por el fondo de la galería.) Ahí viene. (El Enfermero le abre la puerta y la sostiene hasta que pasa la Duquesa.)

ESCENA SEGUNDA

LA DUQUESA, EL DOCTOR, UN ENFERMERO

DUQUESA (Dirigiéndose al Enfermero.) Gracias. (El Enfermero se retira.)

DOCTOR (Yendo hacia la Duquesa y saludándola con respeto y cariño.) ¿Cómo sigue?

DUQSA. Bien.

DOCT. ¿Qué hace?

DUQSA. Duerme. Le miraba, y le veía delgado y descolorido, sin conservar nada del hombre hermoso y arrogante con quien me había casado; pero distinto completamente del cadáver con frac, del esqueleto envenenado por la morfina que, ebrio, trajimos a usted hará tres meses. ¿Usted recuerda? (Signo afirmativo del Doctor.) No podía creer que fuese el mismo hombre.

DOCT. Y es el mismo.

DUQSA. Que usted, Doctor, ha salvado.

DOCT. Que yo quería haber curado.

DUQSA. ¿Y no lo está? (Signo negativo del Doctor.) ¿Ni lo estará nunca?

DOCT. El señor Duque, su marido, es un degenerado hereditario, y no ha tenido otro ideal que el de gozar los placeres más abyectos y destructores.

DUQSA. ¡Oh! Sí. ¡De tan alto y caer tan bajo!

DOCT. Es el destino casi fatal de los pasados gloriosos. Al casarse pretendió que usted participara de sus vicios; pero usted se negó resueltamente.

DUQSA. Es verdad. Entonces pidió, al alcoholismo primero y a la morfina después, el olvido, el embelesamiento de ese estado inactivo. Se mataba, y fué necesario traerlo aquí.

DOCT. Y aquí se le ha reanimado un poco y se ha conseguido hacerle olvidar por el momento la inveterada costumbre de su veneno. Mientras esté en mis manos, respondo de él.

DUQSA. Sería, pues, conveniente que se quedase aún.

DOCT. De ningún modo. Ha recobrado bastante conocimiento y voluntad, y resultaría peligroso retenerlo en este asilo, al que tiene verdadero odio y del que quiere salir cuanto antes. Se le debe devolver la libertad, aun cuando sólo sea en apariencia. Vigilarle constantemente... y, después, esperar..., ver.

DUQSA. (Grave y pensativa, repitiendo maquinalmente.) Esperar..., ver... (Pausa.)

DOCT. ¿En qué piensa usted?

DUQSA. En mi vida.

DOCT. ¡Bah! Olvide usted el pasado.

DUQSA. Pienso en el presente y me preocupa el porvenir.

DOCT. ¿Y si el señor Duque cura?

DUQSA. No quiero suponerlo. He sufrido mucho y procuro no quejarme; pero tengo la seguridad de que seré muy desgraciada.

DOCT. El enfermo exagera siempre su dolencia y nadie es juez en su propia causa.

DUQSA. (Sacudiendo fríamente la cabeza.) Juzgue ested de la mía. Mi padre murió de una caída del caballo días antes de mi nacimiento, y a mi madre, que adoraba a su marido, le costó la vida esa desgracia. Mi cuna se meció entre dos ataúdes. No conocí a mis padres, y sólo he dado mis besos filiales a sus retratos.

DOCT. Tal vez por eso haya padecido usted menos.

DUQSA. O tal vez más. Además, siendo aún muy niña, perdí a todos los míos. He crecido entre vestidos de luto. Jugaba llorando. Mis muñecas, lo mismo que yo, eran tristes. Y así, al cuidado de ayas y bajo las sombrías arboledas de provincia, he pasado una juventud recogida y solitaria.

DOCT. ¿Habrá usted tenido, sin embargo, algunas alegrías?

DUQSA. Pocas e insignificantes. Rápidas como agua corriente y seguidas siempre de decepciones. Ya en la edad de casarme vine a París a comenzar la monótona y alborotada vida de fiestas, comidas y *soirées*. Los periódicos me citaron a menudo con inmerecidos elogios.

DOCT. Los periódicos no hicieron más que justicia a su hermosura.

DUQSA. (Gesto de satisfacción.) Todas esas muertes habían redondeado mi dote. El Duque de Chailles, deslumbrándome con sus artificiosos esplendores, rozó una tarde sus labios en mi cuello, y mi corazón se agitó con tal violencia, que me hizo creer que le amaba.

DOCT. No. Usted lo creyó; pero eso no es el amor.

DUQSA. Tanto peor para mí, o tanto mejor para el amor. Pero la horrible realidad es que pertenezco a ese hombre perverso y degradado que me odia por no poderme ya desear, y que mañana volverá a caer en su vicio, y, furioso, resistiéndose bajo la camisa de fuerza, o bien inerte, atontado por la cocaína y envuelto en una manta, habrá que traer otra vez aquí. ¡ Y tengo veinticinco años, sin hijos y sola en el mundo !

DOCT. ¿ Cómo ? ¿ Pero entre sus relaciones ?

DUQSA. ¡ Oh ! Mis relaciones. Conozco a mucha gente. Una infinidad de extraños íntimos... y no tengo a nadie, a nadie.

DOCT. ¿ Ni una amiga ?

DUQSA. Ni una. ¿ Para qué ? La amistad de hombre o de mujer no me inspira ninguna confianza. Los hombres sólo piensan en seducirnos y las mujeres en hacernos traición.

DOCT. ¿ Tiene usted creencias religiosas ?

DUQSA. ¿ Por qué me lo pregunta ?

DOCT. Porque me interesa. ¿ Usted cree ?

DUQSA. No.

DOCT. ¿ Y practica usted ?

DUQSA. Tampoco.

DOCT. Hace usted bien.

DUQSA. ¡ Quién sabe !

DOCT. Yo soy librepensador.

DUQSA. Lo sé. Pero esa no es una razón. Una confesión de incredulidad religiosa en boca de una mujer...

DOCT. Y de una mujer como usted, sorprende al más ateo. Con ello ha ganado usted a mis ojos.

DUQSA. Lo supongo.

DOCT. No hace falta ponerse en manos del Sacerdote.

DUQSA. ¿ Y en manos del Médico ?

DOCT. Tampoco. En las de nadie. Debe usted permanecer independiente, dueña de su corazón y de su espíritu.

DUQSA. ¿ Para qué ?

DOCT. Para si lo desea, fijar un día su elección.

DUQSA. ¿ Y si ese día no me pertenezco ? ¿ Si hay leyes que me lo impiden ?

DOCT. ¿ Qué leyes ?

DUQSA. Del honor y del deber.

DOCT. No comprendo. Cuando la felicidad se presenta a dos seres y llama a sus puertas, deben recibirla uniendo sus manos, aun cuando sepan que la felicidad no va a hacer más que entrar, detenerse breves instantes y desaparecer.

DUQSA. ¿ Pero, qué es la felicidad ?

DOCT. La felicidad es el amor.

DUQSA. ¿ Está usted seguro ?

DOCT. Como de que ahora la estoy viendo.

DUQSA. ¿ Y usted cree en el amor ? ¿ Piensa usted en él ?

DOCT. No pienso en otra cosa. ¿ Y usted ?

DUQSA. Yo... no pienso ya.

DOCT. ¿ Por qué ? Usted es joven. Puede esperarlo todo del porvenir.

DUQSA. Nada le pido.

DOCT. Y, sin embargo, le debe todo. La vida, le debe vida, es decir : amor. Pagará la deuda

DUQSA. Lo rechazaré. El amor es el azote del mundo. Todos nuestros males provienen de él.

DOCT. Y él tan sólo es quien los cura.

DUQSA. Pues yo no quiero ser curada.

DOCT. Es que el amor no le consultará a usted. El amor y la muerte avanzan con el sigilo del lobo, sin ser oídos. Le sorprenderán.

DUQSA. ¿ Cómo un ladrón ?

DOCT. Como un ladrón, y en el momento que menos lo espere.

DUQSA. Estaré siempre prevenida.

DOCT. ¿ Y si, a pesar de todo, llegara usted... ?

DUQSA. ¿ A amar ?

DOCT. Sí.

DUQSA. ¡ Oh ! Ahogaré ese sentimiento en lo más profundo de mi corazón. (Pausa.) Pero... hablemos de usted. De su pasado.

DOCT. Es bastante parecido al de usted. A mí me educaron mis padres sin acordarse que existía. Los muros del Colegio fueron el único horizonte de mi estudiosa juventud. En aquellos tiempos, era yo muy piadoso y hasta místico. Y todo cambió de repente.

DUQSA. ¿ Cuándo ?

DOCT. La primera vez que amé.

DUQSA. ¿ Y luego ?

DOCT. Se lo diré... si no la molesto.

DUQSA. No. Continúe.

DOCT. Mi padre era un banquero muy fuerte, y, a pesar de ello, nos arruinó.

DUQSA. ¿ Usted le quería ?

DOCT. Más que a mi madre que le había pedido al cielo hijas y la tierra le había dado dos varones. Mi padre, sin embargo, no me quería a mí. Sus preferencias

eran para mi hermano, que a su vez no le correspondía, puesto que sólo quería a mi madre, y ésta no amaba más que a Dios. ¡ Y a todo ese cruzamiento de errores es a lo que se llama una familia unida !

DUQSA. ¿ Y qué ha sido de su hermano ?

DOCT. No lo sé. No nos hemos visto hace años. Entretanto, yo he trabajado mucho, tengo cuarenta años y soy solo, como usted.

DUQSA. ¿ Y por qué no se ha casado ?

DOCT. Porque pienso que un soldado, un marino, cuantos están llamados a combatir, y con mayor motivo un Médico que combate diariamente, deben pertenecer a todos, y no ser de nadie.

DUQSA. ¿ De modo que usted tampoco es feliz ?

DOCT. Tampoco. ¿ Le sirve de consuelo ?

DUQSA. Nos aproxima al menos.

DOCT. Y, sin embargo, nos separa aún tanta distancia. (Llaman. El Doctor demuestra su contrariedad.) Entre usted. (El Enfermero entreabre la puerta.) ¿ Qué ocurre ?

ENFR. Monseñor Bolene desea saber si el Doctor podía recibirle.

DUQSA. Dejo a usted.

DOCT. (Mirando al reloj.) Aún puede usted esperar quince minutos. (Al Enfermero) Que pase ese señor. (El Enfermero sale.)

DUQSA. ¿ Es ese Obispo de China, del que tanto se habla y que fué martirizado hace años ?

DOCT. El mismo.

DUQSA. Tendría curiosidad por conocerle. ¿ Qué es lo que padece ?

DOCT. Desarreglos nerviosos. Ya está restablecido. Es un hombre sincero, que dice de buen grado cuanto piensa.

ESCENA TERCERA

EL DOCTOR, LA DUQUESA, EL OBISPO, UN CHINO, UN ENFERMERO.

(Entra el Obispo, anciano, de hermosa barba, y marcha apoyado en un bastón. Viste traje blanco y abrigo violeta. Sobre el pecho, la Cruz de la Legión de Honor. Le acompaña un chino, amarillo, vestido al estilo de su país y el cual da el brazo al Obispo, sirviéndole con gran solicitud.)

OBISPO — Dispénseme usted, señor Doctor. (Advirtiendo la presencia de la Duquesa.) ¡Ah! Perdón, señora.

DOCT. — (Presentándoles.) La señora Duquesa de Chailles. Monseñor Bolene, Obispo de Pi-Tchi-King. (Se inclina el Obispo nuevamente.)

DUQSA. — Tenía vivos deseos de conocer a vuestra grandeza.

OBISP. — A una grandeza, señora, que no puede estar más abatida.

DUQSA. — Hace poco le estaba diciendo que Monseñor es el hombre del día en París.

OBISP. — ¿Es posible? Me asombran ustedes.

DOCT. — Y en todos los salones se comentan con interés los sufrimientos, las torturas...

OBISP. — ¿Qué torturas? ¡Oh! No puedo destruir esa leyenda. Y el caso es que no hay en ello nada de verdad. Estuve herido... pero por mi culpa.

DUQSA. — No comprendo.

OBISP. — Viajaba por la China; la China entonces era un país en el que no podía pasearse con absoluta seguridad. Un mandarín dió orden de apresarme. Yo lo supe... y me

dejé sorprender. Se me condujo al patio de su palacio y abrieron mi equipaje, que contenía varios objetos sin valor. Quiero decir que sólo lo tenían para mí. Un Crucifijo, una bandera francesa y un retrato de mi madre, vestida de aldeana.

DUQSA. Es interesante.

OBISP. Los colocaron en el suelo, y el mandarín pretendió que los pisotease si quería recobrar la libertad... Pues, no quise; genialidades mías. El mandarín, irritado por mi negativa, ordenó castigarme. Pero, una hora más tarde, tuve la suerte de ser socorrido por un puñado de valientes europeos que se enteraron de mi apurada situación. (Tocando la cruz de su pecho.) ¡Oh! ¡Cuando pienso que me han condecorado por eso!

DUQSA. ¿Y qué le hacían a Monseñor cuando le atormentaron?

OBISP. Me costaría trabajo recordarlo. Noto que voy perdiendo la memoria. Ese es el motivo de hallarme aquí.

DOCT. (A la Duquesa.) Yo se lo diré a usted. Con agujas...

OBISP. No le escuche usted, señora. Le va a contar detalles de sus operaciones.

DOCT. ... comenzaron a despegarle las uñas de un pie.

OBISP. (Protestando.) No es cierto, no.

DOCT. Y después... de una mano.

DUQSA. ¡Qué horror!

OBISP. (Al Doctor.) ¿Lo ve usted? Ha impresionado usted a la Duquesa, y a mí me ha puesto en ridículo. No me hicieron ningún daño, señora, ninguno.

DUQSA. ¿Emplearon el cloroformo?

OBISP. ¿Para qué? Si aquello no fué nada. Parece mucho... y cuando se está pa-

sando... Todo lo que recuerdo es que eran cinco. El mandarín, dos asesores y dos verdugos.

DUQSA. Monseñor debió protestar, resistirse.

OBISP. ¡Bah! Además, no podía. Uno de ellos, de rodillas sobre mi pecho, impedía que me moviese... porque, moviéndome, yo mismo me hubiera herido. (El Chino se va acercando poco a poco, se arrodilla cerca del Obispo con los brazos apoyados en las rodillas y oculta la cara entre los pliegues de su vestido.) Tchi-lai. (El chino se levanta.)

DUQSA. ¿Qué le ha dicho, Monseñor?

OBISP. Que se levante.

DUQSA. ¿Parece que os quiere mucho?

OBISP. Se dejaría matar por mí.

DUQSA. Si mientras mutilaban a Monseñor se hubiera encontrado allí.

OBISP. Pues se encontraba. Si era uno de los cinco. De este modo nos conocimos. Y desde entonces... ¡Pobre criatura!

ENF. (Asomando lacabeza por la puerta abierta.) El señor Duque está dispuesto. (La Duquesa se levanta.)

DUQSA. (Al Doctor.) Adiós. Le doy nuevamente las gracias, Monseñor.

OBISP. (Inclinándose.) ¡Señora! (Hace señas al Chino que salga.)

DOCT. (A la Duquesa.) Le acompañaría a usted; pero mi presencia molesta al Duque.

DUQSA. Sí. Quédese.

DOCT. Sin embargo, desearía saber el resultado de la entrevista.

DUQSA. Volveré a decírselo (La Duquesa dirige una inclinación de cabeza al Obispo, y después, con una franca sencillez, le toma la mano derecha y, con una reverencia encantadora, la lleva a sus labios y sale. El Obispo sonríe, y el Doctor no puede disimular en el gesto de su cara que esta muestra de respeto le ha desagradado.)

ESCENA CUARTA

EL DOCTOR, EL OBISPO, UN ENFERMERO

OBISPO — Le voy a regañar.

DOCTOR — ¿ Por qué ?

OBISP. — Por haberse complacido haciéndome relatar mis hazañas.

DOCT. — Ella fué quien mostró deseos.

OBISP. — Eva es siempre curiosa.

DOCT. — ¡ Oh ! La Duquesa de Chailles no es una mujer vulgar. Es una alma grande.

OBISP. — (Con gran naturalidad.) ¡ Ah ! ¿ Y tiene algún amante ?

DOCT. — ¡ Un amante ! ¿ Qué dice Monseñor ?

OBISP. — Entonces, ¿ por qué pretende usted serlo ?

DOCT. — ¿ Yo ?

OBISP. — Sí. Nosotros somos hombres y no nos debemos asustar de las debilidades humanas. Pero, en fin, yo no tengo derecho a mezclarme...

DOCT. — No. Monseñor, hable. ¿ Qué es lo que le ha hecho suponer semejante locura ?

OBISP. — La actitud de usted. Usted codicia a esa mujer. Delante de ella es tan mal guardián de sus pensamientos, que desde lo más profundo de su ser salen a su rostro. La mirada de usted se alegra, la voz le tiembla.

DOCT. — Monseñor me permitirá que, por respeto siquiera, no entre en una discusión de esta naturaleza. ¿ Pero puedo saber el juicio que ha formado sobre la Duquesa de Chailles ?

OBISP. Sí, señor. La Duquesa es una creyente, una alma de la Iglesia.

DOCT. (Reprimiendo una sonrisa.) ¿Y en qué se funda, Monseñor?

OBISP. Va usted a saberlo. A usted le basta echar una mirada sobre cualquier paciente, que a los demás nos parece sano, para diagnosticar su enfermedad. A nosotros nos sucede algo parecido con las dolencias del alma. La Duquesa de Chailles tiene unos ojos que miran en dirección al cielo, una boca donde se refugia la oración y unas manos que, instintivamente, tienden a unirse. (El Doctor se sonríe. Pausa.) ¿Se sonríe usted? ¿Cree que me equivoco?

DOCT. Puede ser.

OBISP. (Tendiéndole la mano.) Pues no se hable más de ello. A otra cosa. Yo me encuentro restablecido, y debo volver a embarcarme.

DOCT. Cuando Monseñor guste. (Se abre la puerta y aparece el Enfermero con una tarjeta en la mano que le da al Obispo. Èste coge su lente de concha y la lee.)

OBISP. Voy. (Se levanta bastante penosamente.)

DOCT. Monseñor puede recibirle aquí. (Al Enfermero.) Dígale que suba. (El Enfermero sale.) Entretanto, voy a dar un vistazo a mis enfermos.

OBISP. (Dando vueltas a la tarjeta en su mano.) Es de un joven Sacerdote, al que quiero con todo mi corazón, y al que he guíado en sus primeros pasos.

DOCT. Le dejo.

OBISP. ¿Sin rencor?

DOCT. (Evasivo.) ¡Oh! (Sale.)

ESCENA QUINTA

EL SACERDOTE, EL OBISPO

OBISPO — (Mirando hacia la puerta por donde ha salido el Doctor.) Va preocupado. (Corto silencio.) ¿Esa señora, es verdaderamente cristiana? No lo sé... pero, siempre es mejor afirmarlo. (En pronunciando estas palabras se levanta, apoyándose en el bastón, y va hacia la puerta del fondo. El Enfermero introduce al Abate Daniel. Después vuelve a cerrar.)

SACERDOTE — ¡ Monseñor !

OBISP. — (Que le ha abierto los brazos en los que se precipita Daniel.) ¡ Querido hijo mío ! (Le tiene cogida la cabeza, la sien contra su mejilla y le acaricia los cabellos.) ¿No has olvidado a tu antiguo maestro?

SACER. — Por los periódicos supe vuestro regreso.

OBISP. — ¿ Y que estaba aquí?

SACER. — Eso lo he sabido hace un instante.

OBISP. — ¿ De modo, que no venías a verme?

SACER. — No. Ya le diré. ¡ Qué feliz soy al veros nuevamente ! Me demostró Monseñor tanta bondad en el Seminario y en el momento de mi ordenación ! ¡ Cuánto sufrí al enterarme de su martirio !

OBISP. — ¡ Chist ! ¿ Qué haces ahora?

SACER. — Soy Vicario en París.

OBISP. — ¿ De qué parroquia?

SACER. — De Santa María de los Mártires. Una modesta iglesia; del pobre pueblo; de los que sufren.

OBISP. — ¿ Amas tu ministerio?

SACER. — Le amo.

OBISP. — Tu fe...

SACER. Intacta.

OBISP. ¿ Y esta carne tan miserable y pícara ?

SACER. Humillada.

OBISP. *Va bene.* Pero... observo que tienes grandes aspiraciones. Lo leo en tus miradas. (Pausa.) ¿ Ya te acordarás de este pobre Obispo cuando seas... Cardenal ?

SACER. ¿ Yo ? Monseñor se ríe de mí.

OBISP. Entonces te darán envidia estos tiempos de ahora. La realización del deseo está castigada con el hastío. ¡Oh! ¡No haber seguido yo siendo pobre padre blanco en el desierto de Africa !

SACER. ¿ Sería Monseñor más feliz ?

OBISP. No, pero sería mejor. ¿ Y a quién has venido a ver ? ¿ Al Doctor Morey ?

SACER. Precisamente.

OBISP. ¿ Te has hecho anunciar ?

SACER. No. A propósito.

OBISP. ¿ Por qué ?

SACER. Porque temo que, leída mi tarjeta, no quiera recibirme.

OBISP. ¿ No te conoce ?

SACER. Demasiado. Es mi hermano.

OBISP. (Asombrado.) ¿ El Doctor... tu hermano ?

SACER. Sí.

OBISP. ¡ Ah ! ¿ Y estáis reñidos ?

SACER. Desde hace diez años.

OBISP. Esto jamás me lo has dicho.

SACER. Monseñor sabe, en mis primeros años nada hacía presentir que yo fuera a ordenarme Presbítero. Era un joven pervertido. Mi padre, hombre ateo, de gran fortuna, disculpaba mis defectos y me prefería por mi falta de religión, mientras que se mostraba fríamente hostil con mi hermano Enrique.

OBISP. ¿Con el Doctor?

SACER. Sí. Con mi hermano, que era, ¡es bien extraño!, sumamente devoto. De aquí nació entre los dos una rivalidad envidiosa, que fué siempre en aumento. Y jamás nos hemos reconciliado.

OBISP. Es la frase de Euripides. Las guerras entre hermanos son terribles.

SACER. Mi padre, irritado por mi vocación, me cerró sus puertas prohibiéndome deshonrar su apellido. Entonces tomé este nombre de Abate Daniel, con el que todo el mundo y Monseñor mismo me conoce. Mi hermano siguió su camino, y yo el mío, y sólo en el entierro de nuestra madre hemos vuelto a vernos.

OBISP. ¿Y qué es lo que ha podido determinar en tu hermano el abandono de sus sentimientos religiosos?

SACER. Las lecturas, el ambiente de la sociedad actual.

OBISP. ¿Y en ti para ese impetuoso arranque hacia la verdad?

SACER. El cansancio del placer, la náusea del libertinaje. ¡Razones nacidas de tan abajo!

OBISP. Las mejores para llegar arriba. Y díme ¿qué opinión te merece tu hermano?

SACER. Inmejorable. Practica, quizá sin darse cuenta, todas las virtudes cristianas; pero, positivista y violento, odia a la religión, y, sobre todo, aborrece al clero. Es un réprobo, y, sin embargo, vale más que yo.

OBISP. No. No te juzgas bien.

SACER. Me juzgo como soy. Engreído de orgullo, afanoso de honores. El deber obscuro y sin brillo no me satisface. Aristócrata de emociones religiosas, so-

ñador de Catedral, poeta de Iglesia, adoro el arte en todas sus manifestaciones.

OBISP. ¿ Cómo es eso ?

SACER. Para que yo ruegue a Dios fervientemente es preciso que lo vea crucificado en inspirada postura y en el fondo de algún trágico retablo del siglo quince. El vuelo de las golondrinas motiva parte de mi afición a los campanarios, y, admirando el esplendor de las artísticas vidrieras, olvido la degollación del mártir. La voz del órgano me estremece ; los cantos litúrgicos me distraen de sus palabras latinas tan severas, y el incienso es para mí un perfume profano. En fin, las exaltaciones de mi alma son siempre febriles, privadas de gratitud y de serenidad. ¡ Amo a Dios paganamente !

OBISP. Se le ama como se puede. ¿ Y qué es lo que te ha decidido a venir a casa de tu hermano ?

SACER. Tengo que pedirle dos favores, que él sólo puede hacerme. Una fuerza me ha impulsado. He venido sin prevenirle. Al azar. Puede ser que hoy que nuestros corazones van a franquearse...

OBISP. ¿ Le halles más propicio ? Así lo espero. Adiós. ¿ Irás a verme ?

SACER. ¿ A dónde, Monseñor ?

OBISP. A la casa de los Franciscanos.

SACER. Os lo prometo.

OBISP. (Dirigiéndose con el Sacerdote hacia el fondo) ¿ Dónde esperas a tu hermano ?

SACER. En la galería. (Salen sin cerrar la puerta. Se les ve pasar detrás de la ventana que da a la galería. El Doctor entra por la puerta de su gabinete, por la que antes salió ; se sienta y se pone a escribir de espaldas a la puerta del fondo. Entra el Abate Daniel, ve a su hermano solo y pega suavemente en la vidriera de la puerta.)

ESCENA SEXTA

EL SACERDOTE, EL DOCTOR

DOCTOR (Que continúa escribiendo.) Adelante. (El Sacerdote entra, cierra la puerta, da unos pasos y permanece de pie. El Doctor se vuelve, lo reconoce y se levanta.) ¿Eres tú?

SACERDOTE Yo.

DOCT. (Acordándose.) ¡Ah! ¿Eras tú quien hace un momento estaba con el Obispo?

SACER. Sí.

DOCT. ¿Y tienes que hablarme?

SACER. Sólo a eso he venido. Ignoraba que Monseñor Bolene estuviese en tratamiento en esta casa. Oí su nombre, y le hice pasar mi tarjeta.

DOCT. Bien. ¿Qué deseas?

SACER. Antes, dame la mano.

DOCT. (Poniendo la mano en la de su hermano sencillamente.) Siéntate. (Se sientan.)

SACER. ¿No te extraña mi visita después de diez años de separación?

DOCT. No puedo decirte que la esperaba.

SACER. ¿Y qué piensas de ella?

DOCT. Que necesitas algo de mí.

SACER. No te equivocas.

DOCT. Habla.

SACER. Tengo que pedirte dos favores. Soy Vicario de Santa María. ¿Lo sabes?

DOCT. No.

SACER. Casi todos mis feligreses son pobres, y viven en pésimas condiciones higiénicas.

Pretendo, con el apoyo de altas personalidades del mundo católico, fundar un Asilo, muy modesto, donde los niños pobres y enfermos puedan recibir gratuitamente medicamentos, alimentación y asistencia médica. ¿Ya te das cuenta de la idea?

DOCT. Sí. Y es excelente.

SACER. ¿La encuentras así? ¡Oh! Eso me llena de gozo y me anima. Antes de ser tú el célebre alienista...

DOCT. (Atajándole.) No. Agua bendita, no.

SACER. Te equivocas. Ya sé que odias la adulación.

DOCT. Vaya, acabemos.

SACER. ¿Podrías, si la idea se realiza, dedicarnos una hora de tu presencia y cuidados?

DOCT. Imposible.

SACER. ¿Por qué?

DOCT. Por varias razones. Primera, porque me falta tiempo.

SACER. Sin embargo, haciendo un esfuerzo...

DOCT. Sí, sin duda; pero me desagrada asociarme a una obra de espíritu católico, fundada por un Sacerdote y apoyada por elementos clericales.

SACER. No esperaba de ti semejante respuesta. ¿De modo que, cuando un enfermo te consulta, ante todo, le preguntas si es librepensador?

DOCT. No. Yo recibo con los brazos abiertos a todos aquellos que vienen a mi casa; pero no quiero prodigar mis cuidados a los que, cuando sanan, atribuyen a otro su curación, siendo a mí a quien la deben.

SACER. ¿A quién te refieres? ¿De qué Médico hablas?

DOCT. (Con expresión irónica.) Del tuyo, del Doctor Dios.

SACER. Indudablemente es un compañero del que puedes estar celoso.

DOCT. Queda una segunda petición. Díla pronto. Si es factible, te resarciré de la primera.

SACER. Deseaba una recomendación para una persona muy rica, a quien tú conoces, y que podría ayudarme en la obra.

DOCT. Cuenta con ella. ¿Quién es esa persona?

SACER. La Duquesa de Chailles.

DOCT. (Muy contrariado.) La Duquesa de Chailles. De ningún modo. Apenas la conozco.

SACER. Sin embargo, has curado a su marido.

DOCT. ¿Cómo lo sabes?

SACER. Por los periódicos.

DOCT. Es cierto... pero... las ideas de la Duquesa...

SACER. ¿Son parecidas a las tuyas?

DOCT. Sí. Sería suficiente que le hablase de un Sacerdote...

SACER ¿Y si le dices que ese Sacerdote es tu hermano?

DOCT. Es igual. La Duquesa, por complacerme, aun cuando le contrariase mi petición, se creería obligada.

SACER. ¿Por complacerte? Eso se queda para nosotros cuyas consultas son gratuitas. Pero tú... ¿no cuidas al Duque por dinero? ¿No te haces pagar?

DOCT. Y muy caro. Razón de más por la que me parece poco delicado el pedir dinero a la Duquesa, siquiera sea indirectamente. No insistas más.

SACER. Bien. ¿Ves algún inconveniente en que yo escriba a la Duquesa o en que me presente en su casa?

DOCT. Ninguno. ¡ Ah ! Con una condición.

SACER. ¿ Cuál ?

DOCT. La de que la Duquesa ignore que eres mi hermano.

SACER. Lo ignorará.

DOCT. Es en interés tuyo.

SACER. Y tuyo también.

DOCT. (Haciendo un gesto como diciendo « tu exageras ».) ¡ Oh !

SACER. Sí. Te avergüenzas de mí.

DOCT. Lo mismo que tú de mí. Nada tenemos que reprocharnos. Hemos dejado de vernos...

SACER. Y hemos dejado de amarnos.

DOCT. No. Nosotros no nos hemos querido nunca.

SACER. Un poco, sí : de niños.

DOCT. De muy pequeños. Sin saberlo. ¿ Y después ? ¿ Y ahora ? Es imposible separar las personas de las ideas, y yo odio tus ideas como tú odias las mías. En cuanto a las personas... eres para mí... algo más que un extraño.

SACER. O algo menos.

DOCT. ¿ Crees que te odio ? Nada de eso. Es distinto el sentimiento que me produces. Una cólera mezclada de compasión... sobre todo, cuando pienso en la nulidad de tu existencia, porque tú no vives ; tú no sirves para nada.

SACER. No cometeré yo la injusticia de pensar lo mismo de ti.

DOCT. Porque la evidencia no te permite hacerlo. Yo lucho con la enfermedad y con el dolor, y alguna vez los desarmo. ¡ Hay nada más sublime que esto y que valga

como ello la pena de ser hombre! ¡Oh! Este duelo constante con el sufrimiento y con la muerte! Por eso me desespero al ver una juventud fuerte y hermosa como la tuya, malograda confesando beatas.

SACER. Estás ciego. Parece mentira que diga eso un sabio. Has pronunciado la palabra confesión y no comprendes que el cura más sencillo, al cabo de un año de confesonario, sabe más sobre la humanidad que todos los filósofos juntos. ¿Hablas tú de duelos? Pero si los tuyos no son más que juegos de niños y simulacros risibles al lado de los míos. Mis duelos son encarnizados, terribles, enloquecedores, y en mi pobre iglesia, desierta, vivo yo mil veces más que tú en tus hospitales y en tus repletas clínicas. (Aproximándose.) Escúchame. Tengo entre mis penitentes a una mujer, de la que puedo hablar sin el menor escrúpulo de conciencia. No la conozco. Nunca la he visto. Su voz podría llegar mañana a mi oído sin que la reconociese. Todos los cuchicheos cortados y confidenciales de la confesión no tienen personalidad para el sacerdote que los oye en la penumbra. Desfilan ante nosotros por centenares, y, sin embargo, siempre es el mismo hombre, y la misma mujer, los que oímos gemir.

DOCT. ¿Y dices que tu penitente...?

SACER. Está casada, y, desgraciadamente, ama a un hombre que no es su marido, a cuyo hombre jamás le ha descubierto su amor a pesar de mantener con él frecuentes relaciones y de saber que él también le ama. Muchas veces su pasión, reprimida, estuvo a punto de estallar; pero en el

momento de salir ciega para ir a casa del que ya se consideraba su amante, en vez de acudir a la cita, se ha precipitado deshecha en llanto en mi confesionario y del confesionario salió tranquila y vencedora.

DOCT. ¿Por cuánto tiempo?

SACER. Por el que dura esta lucha. Yo poseo esa alma. Se la disputo a los requerimientos del amor. Esta es mi lucha.

DOCT. Lucha inicua.

SACER. Impido que esa mujer caiga. He ahí para lo que sirvo.

DOCT. Para nada, felizmente, porque nada evitas. A lo sumo retrasar algunos momentos la inevitable conjunción de esos dos seres; pero tú no estarás presente a la hora en que le hostigue el deseo. Mañana, esta tarde quizá, tu débil vencedora irá a casa de su amigo y le confesará su amor, vertiendo otras lágrimas. Le dirá lo que a ti te ha ocultado. Se amarán doblemente por haberse estado esperando tiempo, y tú, con tus pláticas, habrás contribuído tan sólo a la perfección y refinamiento de su felicidad.

SACER. Pero ella volverá a mí.

DOCT. Demasiado tarde. Después de su caída.

SACER. Entonces... la levantaré.

DOCT. Y volverá a caer de nuevo.

SACER. Cristo cayó tres veces. La última palabra la tendré yo.

DOCT. Sí. Cuando sea anciana. Y suponiendo que la arranques de los brazos del amor, no la habrás impedido amar. Eso es lo que sostengo. Que todos los hombres y todas las mujeres han sido presa, una vez por lo menos, de esa llama devoradora y necesaria. Oyeme esta confiden-

cia en pago de la tuya. Yo también amo.

SACER. ¿Tú?

DOCT. Sí. Soy libre y no he hecho votos. Amo a una mujer, casada también. A una criatura orgullosa y de voluntad firme que se resiste y lucha contra el inefable dolor. Y, aunque no nos hayamos declarado nuestra pasión, nuestros ojos la han dejado traslucir. Hay mil obstáculos entre los dos, peores que los que separan a tu escrupulosa devota de su tímido aspirante; y, a pesar de todo, nosotros nos acercaremos y nos poseeremos.

SACER. Te dejo... Me equivoqué al venir. Perdóname.

DOCT. Estás perdonado. ¿Nos volveremos a ver?

SACER. Una vez, al menos, sí; pues, en caso de peligro de muerte, será a ti a quien llame a la cabecera de mi cama para que me auxilies con tu ciencia. (Le tiende la mano.)

DOCT. (Tomándosela.) Iré. Pero te advierto que, en hora parecida, yo no te he de llamar para que me administres los sacramentos. Adiós, Daniel.

SACER. Adiós, Enrique. (Se va derecho.)

DOCT. (Llamándole y dándole un billete de Banco.) ¡Ah! Toma estos mil francos para el Asilo.

SACER. (Tomándolos.) Gracias, en nombre de los pobres. (Sale)

ESCENA ULTIMA

LA DUQUESA, EL DOCTOR

DOCTOR (Solo. Toma la tarjeta que dejó el Obispo sobre la mesa.) ¡Fanatismo mezquino y cruel! (La Duque-

sa entra. El Doctor va hacia ella.) ¿Ya de vuelta?

DUQUESA (Muy abatida y turbada.) Sí. El Duque no habló una sola palabra durante el camino.

DOCT. ¿Y una vez en casa?

DUQSA. Se ha encerrado en su cuarto.

DOCT. ¿Qué le pasa a usted? Está usted muy pálida.

DUQSA. Me falta valor.

DOCT. ¿A usted, tan animosa?

DUQSA. A mí, que ya no lo soy. Nunca he sentido la impresión de mi soledad como hace un momento, cuando subía las escaleras de nuestro palacio helado y negruzco.

DOCT. Esa abrumadora melancolía que usted sufre, la experimento yo también.

DUQSA. ¿Usted? ¿Desde cuándo?

DOCT. Desde que salió usted para reunirse con su marido. Y, a decir verdad, no reniego de ella.

DUQSA. ¿Por qué?

DOCT. Porque eso indica que, en nuestras soledades, ninguno de los dos estamos solos. Nuestras tristezas se confunden. (Pausa.) ¿Tiene usted confianza en mí?

DUQSA. Hasta ahora, al menos.

DOCT. Pruébemelo.

DUQSA. ¿Cómo?

DOCT. Disponiendo de mí para todo. Sería tan feliz pudiéndola asistir, consolar, devolviéndola el valor, la esperanza, la alegría.

DUQSA. Entonces... ¿no es usted mi amigo?

DOCT. Sí. Pero la he engañado.

DUQSA. ¿Usted me ama?

DOCT. Sí (La Duquesa va hacia la puerta.) ¿Se marcha usted?

DUQSA. Déjeme.

DOCT. Yo le suplico... Usted me perdonará por haber descorrido el velo tras del cual nos engañábamos.

DUQSA. No. Usted solo.

DOCT. De manera... ¿que me he equivocado?

DUQSA. En absoluto. ¿Tiene usted la audacia de suponer...?

DOCT. ¿Que usted podía quererme? ¿Y por qué no?

DUQSA. ¡Oh! Usted me ha engañado. Usted se ha aprovechado de mi aislamiento y de mi angustia para emprender mi conquista.

DOCT. ¿De suerte, señora, que para conservar su estimación hacía falta perseverar en la mentira? Creo haber cumplido con mi deber. Ya está usted prevenida.

DUQSA. ¿Para defenderme?

DOCT. No. Desde este instante su honra es para mí sagrada. La nobleza de su corazón le garantiza de la del mío. La mujer da forma y moldea la calidad del amor que ha inspirado, y, como un espejo, el hombre devuelve los rayos que ella ha proyectado sobre él.

DUQSA. Según eso, si yo le prohibo amar, usted debe obedecerme.

DOCT. Usted puede prohibirlo, pero nada más.

DUQSA. Ya le he dicho a usted que yo no quiero amar.

DOCT. Y si usted destierra el amor, si ha perdido la fe, ¿cómo vive? ¿qué la sostiene?

DUQSA. El deseo ardiente, infinito, superior a todas las realidades cruentas y mezquinas. Yo rechazo el amor... y...

DOCT. ¿Mantiene usted el deseo?

DUQSA. Sí.

DOCT. Está usted perdida.

DUQSA. No. Salvada. El deseo me sostiene. Quiero conservarle. El deseo es, a veces, cruel; pero el amor es un yugo. Yo no quiero más yugo.

DOCT. Es ya tarde. Sus últimas palabras son protestas inútiles. Usted tiembla... vacila... ama... me ama a mí.

DUQSA. (Turbadísima, y en voz baja) ¡Oh! Déjeme. Se lo ruego.

DOCT. ¿Cuándo la volveré a ver?

DUQSA. Pasado mañana.

DOCT. No... mañana.

DUQSA. Sea... mañana.

DOCT. Gracias. Pero aquí, no.

DUQSA. ¿En dónde?

DOCT. En mi casa.

DUQSA. ¿En su casa? No. No iré a su casa.

DOCT. ¿Tiene usted miedo?

DUQSA. ¿Miedo?

DOCT. Entonces... irá usted.

DUQSA. (Con energía.) No.

DOCT. La espero... mañana, a las cinco.

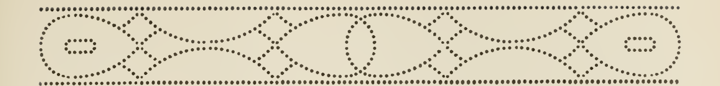
DUQSA. (Repitiendo maquinalmente.) A las cinco.

DOCT. ¿Irá usted?

DUQSA. (Bajo. Vencida.) Sí.

DOCT. ¡Ah!

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Un gabinete de trabajo en casa del Abate Daniel. Casa vieja del siglo pasado, un poco abuhardillada. Ventana de cristales pequeños. Mesa Luis XII, de cinco pies. Dos sillas en X, escabel de madera. Butaca Enrique II. Sobre la mesa, algunos libros antiguos, y en las paredes, pedazos de telas viejas. Algunas estatuitas. Mirando al foro, y en segundo término, un reclinatorio cuadrado, bajo, con almohadón. Todo sencillo, sobrio, armonioso.

ESCENA PRIMERA

EL SACERDOTE, IVONA

(El Sacerdote pasea por su habitación, leyendo su breviario. Ivona entreabre la puerta. Lo ve, y va a retirarse. Lleva en la mano un florero.)

IVONA — Perdone usted, señor Cura. Traía estas flores.

SACERDOTE — Ponlas ahí. ¿Tienes noticias de Moreau, el panadero?

IVO. — Sí, señor.

SACER. — ¿Cómo sigue?

IVO. — Muy mal. Su mujer y su hija están hechas un mar de llanto. El Doctor les ha dicho que no hay esperanzas.

SACER. — ¡Pobre gente!

IVO. — Me han pedido por Dios que interceda con usted para que vaya a confortar el espíritu del enfermo.

SACER. Iré. (Suena la campanilla.)

IVO. Han llamado.

SACER. Dí que no estoy. (Sale Ivona, y vuelve a entrar.)

IVO. Es una señora.

SACER. ¿ Está aún ?

IVO. (Apurada.) Sí.

SACER. ¿ No te he dicho.. ?

IVO. Me ha contestado que esperaría.

SACER. ¿ La conoces ?

IVO. No. No pude ver su cara. La trae cubierta con un velo. Parece una verdadera señora.

SACER. (Resignándose, aunque contrariado.) Díla que pase (Ivona sale, dejando la puerta abierta.)

ESCENA SEGUNDA

LA DUQUESA, EL SACERDOTE, IVONA

(Ivona introduce a la señora, y sale. El Sacerdote, de pie, le señala una silla. La Duquesa se sienta y levanta su velo)

DUQUESA Perdóneme usted por haber insistido.

SACERDOTE ¿ A quién tengo el honor de hablar ?

DUQSA. A una de sus penitentes.

SACER. ¿ Desde hace mucho tiempo ?

DUQSA. Desde hace dos meses. ¿ No me reconoce usted ?

SACER. No, señora.

DUQSA. (A media voz, y como hablando consigo misma.) Es extraño.

SACER. Nada tiene de particular. Fuera del confesonario, salvo raras excepciones, nosotros no conocemos a nuestros penitentes.

DUQSA. Es que yo lo he sido en circunstancias excepcionales. Casada, y esa es mi desdicha, estuve un día a punto de entregarme a un hombre que me amaba, aunque no me lo había dicho, y a quien yo amaba también y amo siempre. (Pausa.) Una visita de caridad me llevó a casa de gentes desvalidas, en su lejano barrio. Era a la caída de la tarde. Conocía bien mi falta, la aceptaba y corría a cometerla..., cuando pasé por delante de vuestra Iglesia. La puerta, de dos hojas, estaba completamente abierta. En el fondo de la obscura nave centelleaba como una mirada una lámpara. Yo me paré..., la estrella brillaba..., parecía hacerme señas..., franqueé el humbral. Y entonces... mil recuerdos religiosos de mi infancia, olvidados, pero no muertos, resurgieron en mi memoria. Mi corazón se estremecía de gozo. Por la Iglesia, desierta y sombría, avanzaba al solo ruido de mis pasos, tan inocentes como mis pensamientos. Yo no marchaba voluntariamente; seguía a alguien que sabía el camino, y me pareció que era el ángel guardián de mis primeros puros ensueños que, con los pies desnudos, me guiaba sobre las losas. Un murmullo ahogado de dos mujeres que había prosternadas en el suelo, y que salió de un rincón muy tenebroso, me sacó de mi éxtasis. Descubrí un confesonario. Quería huír. Las fuerzas me faltaban, y seguía de pie, con la frente apoyada en la fría piedra de una columna. Entonces... usted descorrió la cortina, se fijó en mí, y, creyendo que me correspondía el turno, me dijo: ¿es usted la primera? Y

yo, trémula, vacilante, sin atreverme a despegar mis labios, me adelanté y caí arrodillada.

SACER. Sí. Ahora recuerdo.

DUQSA. Hacía diez años que no me había confesado.

SACER. ¿ Y volvió usted ?

DUQSA. Y vuelvo hoy, porque necesito más que nunca los consejos del Sacerdote. El hombre a quien me he referido me ha declarado francamente su pasión. Me espera en su casa. Le había prometido ir. Iba. La suerte estaba echada. Dios me abandonaba. Mas, al salir de mi palacio, recibí una carta, y me bastó leerla para ser nuevamente la misma y lanzarme de nuevo a Dios.

SACER. ¿ Una carta ? ¿ De quién ?

DUQSA. De usted.

SACER. ¿ Mía ?

DUQSA. En la que solicitaba mi apoyo para una obra benéfica. (Tendiéndole la carta.) Véala.

SACER. ¿ Es usted la Duquesa de Chailles ?

DUQSA. Sí.

SACER. Lo ignoraba. Perdóneme usted si le he escrito sin tener el honor de conocerla más que de nombre, alentado, tan sólo, por su fama de mujer caritativa.

DUQSA. Hizo usted bien. Esta carta, sin duda, nada significa. Pero de usted, y cuando precisamente me dirigía...

SACER. (A media voz.) ¡ La lámpara !

DUQSA. Aviso del cielo. Fuí a la Iglesia. Usted no estaba. Me acordé que me tenía dicho que en casos parecidos podía venir a su casa, y vengo a que conozca mi an-

gustiosa situación. La horrible lucha que me veo obligada a sostener, entre un marido medio loco, perdido de vicios, a quien detesto, y el hombre que me acecha, que amo, y del cual no puedo apartarme, porque necesidades fatales y de su profesión me obligan a verle con frecuencia.

SACER. ¡ Oh ! Yo siento, aunque en todo veo la mano de Dios, que no haya sido usted la anónima pecadora, que yo desde ahora sostendré y protegeré.

DUQSA. Gracias.

SACER. ¿ Para qué garantía de nombres ? ¿ Usted está próxima a caer ? Es suficiente. Nosotros combatimos el pecado. (Suena la campanilla. Corto silencio. Escuchan. Entra Ivona.)

IVONA Señor Cura. La hija de Moreau viene a buscar a usted para que administre a su padre los santos sacramentos.

SACER. Voy ahora mismo. (Sale Ivona.) Ya lo ve usted, señora Duquesa. Ha venido usted a pedirme palabras de consuelo y de ayuda...

DUQSA. Sí. Las necesito.

SACER. Pero un imperioso deber, que no admite demora, me obliga a dejar a usted. Además, aquí no podría oírla. Mañana, a las diez, estaré en la Iglesia.

DUQSA. Iré, aunque mañana, tal vez, sea tarde.

SACER. No lo será. Quédese aquí algunos instantes. (Le indica el reclinatorio.) Arrodíllese allí. Y, en el recogimiento de sus pensamientos, pídale usted al Señor, dueño de las almas, que le dé fuerzas y serenidad para salir victoriosa. El se las dará. (Se oye una discusión. La Duquesa se arrodilla.)

DUQSA. ¿ Qué ruido es ese ?

DOCTOR (Desde dentro.) Yo sé que está ahí.
IVO. Pero, señor...
DOCT. Quiero entrar. Déjeme usted. (Entra el Doctor. Ivona se retira.)

ESCENA TERCERA

LA DUQUESA, EL SACERDOTE, EL DOCTOR

SACERDOTE ¿Qué vienes a hacer aquí?
DUQUESA ¿Ustedes se conocen?
DOCTOR Es mi hermano.
DUQSA. ¿Usted es él...?
DOCT. Sí, señora.
DUQSA. ¡Es él!
SACER. ¿Con qué derecho te has permitido penetrar a la fuerza en mi casa, para sorprender una confidencia religiosa?
DOCT. Con ninguno. Quería ver, y he visto.
SACER. Sea. Pero ahora voy a salir reclamado por un moribundo, y debes retirarte.
DOCT. No será sin haber tenido con la señora Duquesa de Chailles, si ella lo permite, una explicación de algunos minutos, la última quizá.
SACER. La tendrás más tarde, y en otro sitio.
DUQSA. No. Es indispensable que hablemos. Prefiero que sea en seguida y en esta casa.
SACER. Señora...
DUQSA. Puede usted dejarme. sin temor.
SACER. Sea. (Sale.)

ESCENA CUARTA

LA DUQUESA, EL DOCTOR

DUQUESA Hable usted. Aguardo sus quejas.

DOCTOR ¿ No las teme ?

DUQSA. Las afronto.

DOCT. Desde ayer tenía sospechas...

DUQSA. ¿ De qué ?

DOCT. No sabré decirlo. Era tan feliz, que sospechaba que una resistencia había de atravesarse entre mis esperanzas y mis deseos. El placer que me dejó nuestra última entrevista, estaba envenenado por la inquietud. ¿ Vendrá ? me decía. Me ha dado su palabra.

DUQSA. No se la dí. Usted se la tomó.

DOCT. Y al mismo tiempo el corazón me respondía, no vendrá. Alguien ha de impedirlo.

DUQSA. ¿ Quién ?

DOCT. Lo ignoraba, pero estaba celoso.

DUQSA. ¡ Oh !

DOCT. La esperé en los alrededores de su casa. La ví salir cubierta con un velo y tomar un camino opuesto al de la mía. Esta fué mi primera angustia. ¿ A dónde podía usted ir así ? La seguí. La ví entrar en la Iglesia y salir de ella, y cuando su carruaje la dejó en la puerta de la casa de mi hermano, lo comprendí todo. El, la dirige, y ella, me ha engañado. Cree en Dios. Entonces, experimenté un dolor y una cólera tales... que

no pude resistir al deseo de presenciar con mis propios ojos su traición.

DUQSA. ¿Mi traición?

DOCT. Sí. ¡La Duquesa de Chailles, en actitud de orar! Allá, sobre ese reclinatorio. ¡Qué espectáculo! (Despreciativamente.) Me dió usted tanta lástima, que no sé si hubiera preferido más sorprenderla en brazos de un amante.

DUQSA. Usted me ultraja.

DOCT. Eso hubiera sido más humano. Menos desleal, sobre todo. ¿Y usted me acusaba de haberla engañado? ¿Quién de los dos ha cometido el engaño?

DUQSA. Yo no le engañé a usted.

DOCT. Usted me hizo declaraciones de ateísmo, para disfrazar mejor mezquinas prácticas religiosas, realizadas en la sombra y temblando, como quien comete una mala acción.

DUQSA. ¡Oh! Calle usted.

DOCT. Me abandona usted con el ánimo intranquilo, el corazón henchido por el amor naciente, el pensamiento lleno de esperanzas, y se precipita palpitante aún de estas emociones y de estas luchas en casa del hombre del Paraíso, del mercader de la eternidad. Y nuestros secretos, nuestras ternezas, nuestras resistencias, toda esa cosecha, la arroja sin duelo en su sotana.

DUQSA. No. No es verdad.

DOCT. Jamás hubiera creído eso en usted. Yo debí desconfiar cuando besó la mano de ese Obispo. El vió claro, yo no. No ví. Yo la amo. Usted debió decirme «tengo una religión que me impide amarle; no la dejaré por nadie; déjeme usted».

DUQSA. ¿Y me hubiera dejado?

DOCT. (*Con expresión de cólera.*) Jamás.

DUQSA. Lo ve usted. Yo creí que me conocía mejor. Esa es una nueva prueba de que no me merece. Me culpa usted de haber representado una comedia indigna, y no piensa en que mi conducta puede tener sus misterios, sus razones, sus excusas sagradas. ¿ Desea usted saber la verdad ? Voy a decírsela. No le he hablado de mis creencias religiosas, ¡ miserable de mí !, porque no creo.

DOCT. ¿ Usted no cree ?

DUQSA. No. Si tuviera fe ¿ le hubiese escuchado ? No la tengo, la espero, la deseo, aspiro a ella, eso es todo. Yo le he ocultado los fervores de mi alma, porque a nadie, y menos a usted que a nadie, debía darlos a conocer. Yo le he mentido, es verdad. Pero, ¿ podía descubrirle mi fervor religioso, mi sentimental piedad ? ¿ Debía decirle que esperaba siempre un socorro que jamás me ha faltado ? Se hubiera usted reído de mí.

DOCT. Nunca.

DUQSA. Pero, ahora, en vez de pasar a sus ojos por una mujer beata, prefiero presentarme a usted tal como soy. Soy débil, bajo mi fiereza. Agitada por la tempestad del amor terrestre y del amor divino, ninguno de los dos me sujeta. Mi corazón es el eterno campo de batalla, en donde, espoleada por ambos amores, soy siempre vencida y no ceso de sufrir.

DOCT. Y por evitar el sufrimiento, sufre usted mucho más.

DUQSA. ¿ Le parezco incomprensible, odiosa ? ¡ Compadézcame usted ! Cuando estoy a su lado, quisiera no amar.

DOCT. ¿Y qué?

DUQSA. Que la magia de sus miradas, el sortilegio de sus palabras, me hacen olvidarlo todo, y gozo de una profunda languidez, semejante a esas felicidades matadoras que experimenta mi marido en sus borracheras de morfina. Entonces... me abandono, prometo, consiento...

DOCT. Como ayer.

DUQSA. Pero, apenas ha desaparecido usted de mi presencia, mi virtud se subleva y mi honor se despierta. Corro a la casa de Dios. Necesito hacerlo, y allí soy lanzada por estas mismas fuerzas que delante de usted me paralizan.

DOCT. ¿Y una vez allí?

DUQSA. Allí... es la luz. Me inunda. Ya no soy mujer. Los deseos que me oprimían, se desprenden de mi cuerpo y caen como serpientes muertas. La verdad resplandece, brilla, está en todas partes. Es el aire que respiro. Veo la nada de los espasmos de un día, y mi corazón estalla de gozo al encontrarse nuevamente puro...

DOCT. ¿Por qué no continúa? Al día siguiente vuelve usted a mí, y la victoria es del último.

DUQSA. Sí, del último. Pero no sé cómo sucede, que el último es siempre Dios.

DOCT. ¡Oh! No. Puesto que en este instante está usted conmigo.

DUQSA. Estoy en casa del Sacerdote.

DOCT. Pero él no se halla aquí. Fué al acecho de un moribundo. Mientras que nosotros vivimos, somos jóvenes, deseamos ser felices.

DUQSA. ¿Habla usted por su cuenta? Pierde usted el tiempo. Ya no le temo.

DOCT. ¿De modo que nada la conmueve?

DUQSA. Nada.

DOCT. Pues bien, señora. No sólo no tiene usted fe, sino que le falta el fervor. Su alma no obedece más que a curiosidades femeniles, y esa es una especie de perversidad mística e impía que la arroja de rodillas contra la reja del confesonario, detrás del cual alguien que no es Dios la escucha y la compadece.

DUQSA. Alguien que me trata más duramente que usted.

DOCT. Sí. Para hacerla volver. Y para usted tiene cierto encanto el acusarse de la falta antes de haberla cometido. Inocente o culpable, ¡le es tan dulce hablar del pecado! Cuando ustedes dicen al confesor «lo he hecho, no lo haré más», ustedes lo hacen siempre. Y todos los *mea culpa*, con los cuales se golpean el pecho, en vez de arrancar el amor, se lo incrustan como a golpe de martillo.

DUQSA. No logrará usted convencerme.

DOCT. En ese caso... tenga usted cuidado, porque creeré... (Fija la vista en ella con intensidad.)

DUQSA. ¿Qué?

DOCT. Creeré que la mujer es el engaño de la penitente.

DUQSA. (Sofocada.) ¡Oh!

DOCT. Y creeré que a través del Sacerdote...

DUQSA. Usted está loco.

DOCT. (Atrayéndola hacia sí.) No lo estoy. Y es preciso salir de esta casa. (Conduciéndola a la puerta.) Huír de este calabozo.

DUQSA. (Defendiéndose mal.) No. (Echa miradas suplicantes a las estatuas de Santas.)

DOCT. No implore usted a esas estatuas de madera. Verónica, Magdalena, Teresa. ¡Todas hablan de amor! Vamos, vamos.

DUQSA. (Medio cogida.) Tenga piedad. Se lo ruego. Todo nos separa.

DOCT. No. Nada, ni nadie. (La puerta se abre y aparece el Sacerdote. Ellos, de repente, se encuentran delante del Cura, cerca del quicio de la puerta.)

ESCENA QUINTA

Los mismos, EL SACERDOTE

DUQUESA. ¡Ah!

DOCTOR (Al Cura.) ¿Ya vuelves?

SACERDOTE Antes de lo que esperabas. (A la Duquesa.) ¿Le ha dicho usted a mi hermano lo que tenía que decirle?

DUQSA. Sí.

SACER. Entonces... nada tienes que hacer aquí.

DOCT. Me voy. (El Cura se inclina silenciosamente ante la Duquesa. Como ella va a salir, el Doctor se prepara a seguirla.)

DUQSA. (Al Sacerdote.) No. Quien pide a usted permiso para marchar, soy yo. Pero vendré a verle, según hemos convenido.

DOCT. (A la Duquesa.) ¿Debo continuar prestando mis cuidados a su marido?

DUQSA. (Fría y arrogante.) Naturalmente. Usted es su Médico. Nada tiene que ver con lo demás. (Sale.)

ESCENA ULTIMA

EL SACERDOTE, EL DOCTOR

SACERDOTE ¿Era esa la mujer de quien me habías hablado?

DOCTOR Sí. La tuya.

SACER. ¿Qué piensas hacer?

DOCT. ¿Y tú?

SACER. Conjurarte a que renuncies a ella. Te lo suplico por el nombre de...

DOCT. ¿Por el nombre de quién? Déjate de hueca palabrería, y no te interpongas en mi camino.

SACER. No. Tú te interpones en el mío.

DOCT. ¿Te imaginas que tienes ciertos derechos sobre la Duquesa de Chailles?

SACER. Los tengo.

DOCT. ¿Y qué derechos son esos?

SACER. Aquellos que ella me ha dado.

DOCT. No. Aquellos que tú te has apropiado.

SACER. De ningún modo. Yo no la conocía. Bien lo sabes tú. Yo no la busqué.., Ella vino a mí libremente. ¿Debía rechazarla?

DOCT. Sí.

SACER. Cuando un enfermo te busca, ¿le despachas?

DOCT. Tal vez. Pero aquí no se trata de un deber. Se trata de algo, ante el cual todo se rinde, todo se doblega.

SACER. ¿De qué se trata?

DOCT. De amor. Tú no comprendes.

SACER. ¿ Por qué no ? El amor no es una palabra profana.

DOCT. Perdóname... Yo creía...

SACER. Es una palabra profanada.

DOCT. Pero el amor que yo siento por la Duquesa, no es la pasión carnal de un día, es el amor más noble y profundo que pueda concebirse.

SACER. Nada me importa la calidad de tu amor. Cualquiera que sea es pecaminoso. Yo me reservo las razones que tengo para no escucharte. Economizo mis sermones. Economiza tú tus suspiros.

DOCT. Bien está. Nada tienes de humano. Vamos, pues, al hecho. Yo amo a una mujer, que me ama y que hubiese conseguido ya, si alguien que está cerca de ella no lo impidiera.

SACER. ¿ Y ese alguien ?

DOCT. Eres tú.

SACER. ¿ Sí ? Mátame.

DOCT. ¡ Oh ! Te ruego... No hables en broma. Si en vez de ser Sacerdote e hijo de mi madre, fueras un hombre como los demás, con quien pudiera ventilar estas cuestiones en el terreno del honor, otro sería mi lenguaje. Pero, llevas un hábito que te coloca a cubierto de las injurias.

SACER. Querrás decir que me ayuda a perdonarlas.

DOCT. Nada puedes temer de mí.

SACER. Ni por mí nada temo.

DOCT. ¿ Temes por tu cliente ? ¡ Ea ! Acabemos de una vez. ¿ Estás dispuesto a interponerte siempre entre la Duquesa y yo ?

SACER. Siempre, y más que nunca.

DOCT. Ten cuidado, Daniel.

SACER. Pero, hombre, no te enfurezcas, y óyeme. ¿Has podido pensar seriamente que cuando una mujer viene a arrojarse a mis pies, diciéndome: «sálveme usted; estoy expuesta a ser blanco de las persecuciones de un hombre que va a hacerme cometer una falta irreparable», yo no voy a poner en juego todos los medios para protegerla? ¿Crees que va a ser bastante que ese hombre me amenace para que me apresure a obedecerle? ¡Ah! ¿Qué idea tienes tú, entonces, de la conciencia y del carácter sacerdotal? Mientras esta alma se refugie en mí, la defenderé contra todos y contra todo.

DOCT. Pues bien. Desde este instante, ya no te conozco. Tú te conviertes en mi mortal enemigo. Te aborrezco.

SACER. Y yo, te tengo lástima.

DOCT. ¿De modo, que quieres luchar? Pues lucharemos.

SACER. Y te estrellarás.

DOCT. Yo le descubriré a la Duquesa de Chailles tu pasado de libertinaje y de vicio. Todo aquello que has llevado de regalo a tu Dios, a quien temes, pero a quien no quieres.

SACER. Y la vergüenza de esa acción innoble salpicará sólo sobre ti... ¡Bah! La partida no es igual. Fuera mejor que la abandonases.

DOCT. Sí. El Sacerdote...

SACER. El Sacerdote está a la altura de su misión. Yo busco la salvación de una alma. Tú, la captura de un cuerpo.

DOCT. No. Yo en ella amo todo.

SACER. Y aun suponiendo que consigas ese perecedero cuerpo. ¿ Le serás fiel ?

DOCT. ¿ Qué te importa a ti ?

SACER. Llenarás tu egoísmo de amante, y, después, irás a comenzar tus conquistas con otras, dejando sumida en el olvido y en la amargura a la que el día anterior garantizabas la eternidad de tu cariño.

DOCT. Yo no juego con la eternidad. Tú eres quien la prometes.

SACER. Y Dios quien la tiene. ¿ Y te figuras que voy a dejarte cometer ese crimen ?

DOCT. Ella me ama.

SACER. Te haces ilusiones. En el fondo, lo que te irrita, lo que te humilla, quieres saberlo, es que yo sea tu hermano.

DOCT. Y a ti, en cambio, nada te importa que yo sea el tuyo.

SACER. Nada. En este conflicto iría lo mismo contra mi padre.

DOCT. ¡ Oh ! ¡ Es hermosa la religión !

SACER. Hermosa. (Pausa.) Tú eres ateo. No crees en los milagros, y de ellos te has reído. Pues oye uno. Hay aquí, en París, miles de Sacerdotes... y el único que no debía haber elegido la Duquesa, es el que, sin saberlo, elige. El que, precisamente, se encuentra colocado mejor que todos para arrancarla del hombre que la codicia : su propio hermano; yo. Nosotros no nos veíamos hace diez años. Ella, tú y yo estábamos separados por infranqueables distancias ; fortuna, condición, medio social. Debíamos morir sin encontrarnos jamás ; pero Dios dirige, y, entonces, todo nos aproxima, to-

do nos acerca, y hénos aquí a los tres encerrados en un círculo estrecho. Juzga esto como quieras. Yo digo que es providencial, milagroso.

DOCT. Te esfuerzas, en vano, por justificar tu conducta con razones desinteresadas y divinas, pero te callas las verdaderas.

SACER. ¿ Cuáles ?

DOCT. En el ardor con que tan denodadamente defiendes a tu pecadora, en la especie de áspera envidia que se escapa a través de tus lamentos, en tu cólera, en tu gesto, en tu voz, es fácil reconocer los latidos de una pasión.

SACER. ¿ Qué quieres decir ?

DOCT. Que la causa de la criatura te interesa tanto como la del creador.

SACER. Las dos son una misma.

DOCT. Sí. Al principio ; pero, poco a poco, el amor del Redentor pasa a segundo término, y el interés por la penitente, al primero.

SACER. ¡ Oh !

DOCT. Y tú te complaces en esa nueva lucha. Antes de que conocieras a tu hermosa pecadora, ya tenías conciencia de hallarte en íntima y privilegiada relación con una criatura excepcional. Y cuando la conoces, viene aquí, levanta su velo, y vuestras dos palideces se encuentran cara a cara...

SACER. ¿ Qué... ?

DOCT. Por inmune que estés de las realidades de la vida...

SACER. Prosigue, acaba.

DOCT. Bruscamente caes en tierra. El alma ha tomado cuerpo. Al imperceptible roce

de un vestido de mujer, sientes escalofríos, y te aterras de ser hombre.

SACER. ¡ Oh ! No me aterra eso, no. Me aterra la monstruosidad de los medios que empleas para conseguir tus deseos. He ahí lo que el amor contrariado hace cometer a un hombre de bien. Tú no piensas lo que dices.

DOCT. Lo pienso.

SACER. Entonces... estás loco. Sí. Más que el más loco de tus enfermos. (Pausa.) Pero no. He conocido tu juego. Pretendes acobardar mi espíritu con tus insinuaciones.

DOCT. ¿ Con qué fin ?

SACER. Con el fin de que yo pierda la conciencia de mi fe y de mis deberes ; de que en mi apuro no tenga más idea que la de huír de esta maldita penitente, que amenaza mi honor y mi reposo ; de que la abandone, y, así, al día siguiente, una vez sola, la conquistes con toda comodidad. Y apostaría a que ya lo has ensayado cerca de la Duquesa.

DOCT. No tengo tan viles propósitos. Digo lo que es.

SACER. No.

DOCT. Lo que será.

SACER. No, y mil veces no. Es posible que tus impuras insinuaciones causen algún azoramiento en la Duquesa. Una mujer se conmueve, se intimida. Pero, sobre mí, resbalan, y nada pueden. No caeré en el lazo, está descubierto.

DOCT. Demasiado tarde.

SACER. Para ti. Hace ocho días, todavía ayer, podías tener confianza de conquistar a la

Duquesa. Ella ignoraba mi nombre. Era para ella un Sacerdote cualquiera, el primero que encontró. La poseía por momentos y de demasiado lejos. Pero, desde hace una hora, desde que nos ha visto empeñados en este duelo a muerte, del cual ella es la causa y el premio, yo he crecido, brillo a sus ojos como un destello divino, soy el elegido, el sér providencial, el dueño absoluto de su destino y de su suerte. No sueñes, pues, más. Todo ha terminado. La Duquesa de Chailes no será tuya. No la conseguirás jamás.

DOCT. Será mía, contra ti, contra ella, contra Dios.

SACER. Si no existe. Tú lo niegas.

DOCT. Yo lo admito para triunfar de él.

SACER. ¡Oh! No blasfemes. Sal de aquí.

DOCT. ¿Me arrojas de tu casa? Me voy. (Volviendo hacia él, y poniéndole una mano en el hombro.) Pero, no olvides lo que ahora te digo. Estás perdido. ¿Te crees seguro de ti? Pues bien. Tú dejarás de ser Sacerdote. (El Sacerdote extiende los dos brazos con las manos en alto, volviendo la cabeza a su hermano.)

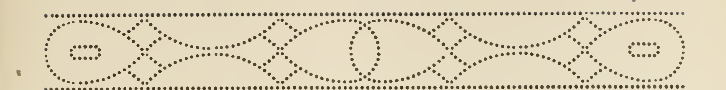
SACER. Vete.

DOCT. Y arrojarás ese traje negro.

SACER. Vete.

DOCT. Lo arrojarás. (Sale. El Sacerdote queda solo, asustado, pálido, y marcha vacilante hacia el reclinatorio, donde cae arrodillado con la cabeza entre las manos.)

TELÓN



ACTO TERCERO

Salón en la residencia de los Franciscanos. Puerta, de dos hojas, al fondo. Otra puerta en primer término, que conduce a una capilla, y otra en segundo término, que comunica con las habitaciones del Obispo. Algunos detalles de *mise en scene* y ciertos detalles, hacen visibles los preparativos para una próxima marcha. Una capa y un sombrero del Obispo, sobre una butaca. Mesa con un Crucifijo casi en medio, y varias sillas y butacas.

ESCENA PRIMERA

EL PORTERO DEL DUQUE, EL CRIADO DEL OBISPO

(El Portero llama en la puerta del fondo. Viste de librea, y peina cabellos blancos. El lego va a abrir.)

PORTERO ¿Está el señor Obispo?

CRIADO Sí, pero no recibe. Se halla ocupado en los preparativos para su viaje a Oriente.

PORT. Tenía necesidad absoluta de verle.

CRIAD. ¿De parte de quién viene usted?

PORT. De parte del Doctor Morey.

CRIAD. (Repitiendo la palabra.) Morey... Espere usted. (Sale por la puerta que conduce a la habitación del Obispo. El portero queda solo, da dos o tres pasos y espera. Entra el Obispo solo.)

ESCENA SEGUNDA

EL OBISPO, EL PORTERO

OBISPO ¿ Qué deseaba ?

PORTERO Soy el Portero de los señores Duques de Chailles. ¿ Ha visto Monseñor a la Duquesa ?

OBISP. No. ¿ Iba a venir aquí ?

PORT. Sí. Salió a pie, y dijo que vendría. Felizmente, llego antes que ella. La señora nada sabe.

OBISP. ¿ Qué sucede ?

PORT. Que el señor Duque está agonizando.

OBISP. ¿ Cómo ?

PORT. En un rapto de locura, se arrojó por la ventana de su cuarto al patio central. El Doctor llegó al ocurrir la desgracia.

OBISP. ¿ Y qué dice el Doctor ?

PORT. Confía salvarlo, y suplica a Monseñor que retenga aquí a la Duquesa el tiempo necesario para prestar al Duque los primeros cuidados.

OBISP. Bien. (El mismo Criado le da una tarjeta al Obispo. Éste la mira.) La Duquesa. Salga por aquí. (Le indica la puerta segundo término.)

ESCENA TERCERA

LA DUQUESA, EL OBISPO

OBISPO Me confunde usted, tomándose la molestia de venir.

DUQUESA (Con un gesto, que significa que aquello importa poco.)

¡ Oh ! Guardo, Monseñor, un recuerdo indeleble de nuestra primera visita.

OBISP. Y yo también lo guardo, señora Duquesa.

DUQSA. ¿ Conoce, Monseñor, mi situación conyugal ?

OBISP. La conozco.

DUQSA. Bruscos acontecimientos la complican. Atravieso una crisis horrible. El Doctor Morey me ama.

OBISP. Lo sé.

DUQSA. Me solicita para que me entregue a él. Yo me he resistido con gran trabajo, y lo he conseguido, gracias al Sacerdote que me dirige. Este Sacerdote, a quien encontré por azar.

OBISP. No hay tal azar.

DUQSA. Tiene razón, Monseñor. Es el Abate Daniel.

OBISP. ¿ El hermano del Doctor ?

DUQSA. El mismo. Yo ignoraba hasta estos últimos días su parentesco. De suerte, que yo estaba, a la vez, codiciada con ardor y protegida con entereza por dos hombres, que eran hermanos.

OBISP. Y enemigos.

DUQSA. Que nada sabían. Después, todo se ha descubierto. En nombre del amor humano y del amor divino, estos dos hombres de fe y deber contradictorios, estos dos apasionados implacables, hijos de una misma madre, se disputaban mi cuerpo y mi alma. Y yo misma era quien me había puesto en sus manos. Amaba al uno, respetaba al otro, y los temía por igual. No podía prescindir del que me seducía con los artificios de su cariño, ni del que me iniciaba en las

voluptuosidades de su renuncia. Me reconocía su prisionera, su obligada, su víctima. Estaba aterrorizada.

OBISP. (Con mezcla de calma y de incredulidad.) ¿Hasta ese punto?

DUQSA. Monseñor va a estarlo también. Inconsolable y furioso el Doctor Morey al ver que se le escapaba mi conquista, en la demencia de sus reproches no ha temido poner en duda la honradez de mi fe, acusándome de coquetería sacrílega, y llegándome a decir que el amor a Dios no era el solo que me precipitaba a los pies de su ministro.

OBISP. ¿Entonces...?

DUQSA. Creí morir de vergüenza y de cólera. Después, la cizaña de las insinuaciones pérfidas germinó secretamente en mi alma. Y, aunque estoy bien segura de que el Doctor ha mentido, tiemblo ante la sola idea de que haya podido decir verdad, y mi pensamiento no quiere desprenderse de ese noble y puro Sacerdote, que no he intentado volver a ver.

OBISP. ¿De modo, que usted no ama ya al Doctor?

DUQSA. Sí, le amo. Pero tiene un hermano, y los dos, diferentes en todo, se parecen, sin embargo. Sus dos voces son idénticas, como así lo fueran para confundirme más. Ellas resuenan durante la noche en las tinieblas, y yo no las distingo. El creyente es quien me conforta y absuelve. El ateo, quien me suplica con palabras enloquecedoras.

OBISP. No le escuche usted.

DUQSA. Le oigo, sin embargo.

OBISP. Busque un refugio.

DUQSA. ¿ En el cuarto de mi marido ? En esa habitación, en donde, ante la mirada investigadora de los retratos de Legados, Cancilleres y Mariscales, el último de sus descendientes sometido a inyecciones de morfina y entre sábanas manchadas de sangre, delira al resplandor de una lámpara. ¡ Qué ignominia ! Entro en mi cuarto, sollozo, muerdo estas manos desgarradas, que no saben ya juntarse, y llamo en mi socorro a un Dios lejano que no me oye.

OBISP. ¿ Y eso es todo ? ¡ Pobre mujer ! Eso no es nada. (Ante un gesto de ella.) Nada. ¿ Usted se admira de sufrir ? ¿ Se cree blanco de la gran tentación ? ¿ Piensa que Satanás ha hecho una excepción con usted ? ¡ Orgullosa ! Las palabras duras del Doctor Morey son una falta quimérica, de la que usted casi se engríe. Y entre el Abate Daniel y usted, no hay más que un fantasma ; usted, y su imaginación de Eva inquieta y nunca tranquila, quien lo ha creado.

DUQSA. ¿ Y por qué lo habré hecho ?

OBISP. Por atribuirse el mérito de estar por él hostigada. Usted juega con el pecado.

DUQSA. Pero yo quiero librarme de esos dos hombres que destruyen mi vida, y creo haber encontrado el medio.

OBISP. ¿ Cuál ?

DUQSA. Mi marido no puede vivir mucho tiempo.

OBISP. ¿ Quién sabe ?

DUQSA. Tengo hecho voto, el día que quede libre, de consagrarme a Dios.

OBISP. ¿ A la vida religiosa ?

DUQSA. Monástica.

OBISP. ¿Usted? ¿Una Duquesa millonaria? ¿Y qué hará usted con sus bienes? ¿Los dará en dote al Señor?

DUQSA. No. Es bastante rico. A los pobres.

OBISP. Es lo mismo.

DUQSA. Es mejor. Cortaré mis cabellos y, completamente pobre y aniquilada de humildad, entraré en la Orden más rigurosa.

OBISP. Y, rápidamente, llegará usted a ser Abadesa.

DUQSA. Nunca. Hermana lega, la última sierva.

OBISP. ¡Oh! ¡Siempre orgullosa!

DUQSA. ¿Monseñor no me juzga sincera?

OBISP. Ahora, sí. Si el señor Duque muriese hoy, cumpliría usted su promesa.

DUQSA. Y la cumpliré siempre.

OBISP. Pero bastará que usted tenga esta ansia ardiente del claustro, para que su marido viva largo tiempo.

DUQSA. Entonces... querrá decir que Dios no me ha querido.

OBISP. O que usted no le querrá ya a Él, y acabará por caer en brazos del Doctor. ¡Encuentra usted tan hermoso el defenderse! Y usted le ama, le ama siempre, no me engaño. (Llaman en la puerta del fondo. La detiene con el gesto, y va a la puerta, que entreabre. Un Criado le entrega una tarjeta. La toma, y la lee. Al Criado.) Voy al momento. (El Criado sale, y cierra la puerta. A la Duquesa.) Es el Abate Daniel.

DUQSA. (Se levanta, muy turbada.) ¿Va a entrar aquí?

OBISP. ¿Por qué no? (Ella hace un movimiento.) No se apresure usted.

DUQSA. Permítame, Monseñor. Yo no quiero exponerme a verle.

OBISP. ¿Teme usted encontrarse frente a él, después de lo que acabo de decirle?

DUQSA. Sobre todo, después.

OBISP. (Abriendo la puerta de primer término.) En ese caso, pase usted a la Capilla. Cuando termine con el Abate, tendré que hablar con usted.

DUQSA. Le espero, Monseñor. (Da un paso.) Pero ¿ qué voy a hacer en la Capilla ?

OBISP. Orar.

DUQSA. Lo hago muy mal. No sé.

OBISP. Nadie sabe. Yo, tampoco.

DUQSA. ¿ Y por quién voy a rezar ?

OBISP. Por usted, por su marido.

DUQSA. Los vivos no me interesan ya.

OBISP. Entonces... ruegue usted por los muertos. (Sale la Duquesa. Llama el Obispo al Criado, y le da la tarjeta para que introduzca al que se la ha dado. Entra el Abate Daniel.)

ESCENA CUARTA

EL SACERDOTE, EL OBISPO

SACERDOTE ¿Monseñor no pensaría verme tan pronto?

OBISPO Te esperaba.

SACER. ¡ Oh ! Pero Monseñor no podrá suponer el asunto que me trae.

OBISP. Lo supongo. He visto a la Duquesa de Chailles.

SACER. ¿ Y qué le ha dicho ?

OBISP. Lo que ha sucedido.

SACER. ¿ Las acusaciones que mi hermano se ha atrevido a hacerme ?

OBISP. Las mismas le ha hecho a la Duquesa.

SACER. ¿Y os ha dicho que estaba intranquila?

OBISP. Perseguida.

SACER. ¿Y le ha dicho también a Monseñor que el que había sido tan castamente feliz al dirigirla participaba hoy del mismo terror?

OBISP. No. Eso no me ha dicho.

SACER. Pues vengo a que lo sepáis. Estoy perdido. Yo no quiero seguir siendo Sacerdote.

OBISP. ¿Por qué?

SACER Porque soy indigno de este ministerio.

OBISP. ¿Y qué es lo que te hace pensar así?

SACER. Todo. El pasado, el presente, el número de mis vicios. Mi hermano no ha tenido reparo en remover ese barro olvidado de mi juventud. Queriendo perjudicarme, me ha favorecido. Gracias a él, me he visto tal como soy. Casi todos los hombres, cuando recuerdan el principio de su vida, se encuentran mejores. A mí me sucede lo contrario.

OBISP. Tengo, sin embargo, impresos como el primer día tus ardores ideales, cuando te revestiste de ese hábito, del que ahora pretendes despojarte.

SACER. Ya no puedo sentirlos. Están muertos.

OBISP. Ese pasado nunca muere. Es lo único que en ti existe.

SACER. No, no. Yo me esforzaba, pero no tenía fe.

OBISP. La tenías. ¿Te acuerdas cuando, al expirar el crepúsculo vespertino, leyendo los Evangelios, soñábamos en la Palestina, y creíamos oír en el fondo del jardín, donde había un desmedrado olivo, arrastrarse los pliegues del manto de Jesús? ¿Tenías fe entonces?

SACER. Entonces, sí.

OBISP. ¿Y cuando en Roma celebraste, a mi lado, la primera misa en las catacumbas? Tus lágrimas corrían sobre la hostia.

SACER. Y el altar era el sarcófago de una virgen martirizada en el Circo, bajo el mando de Tiberio. Ya lo recuerdo.

OBISP. ¿Tenías fe?

SACER. (Pudiendo apenas contener sus lágrimas.) La tenía, sí, la tenía.

OBISP. ¡Oh! Y la tienes hoy.

SACER. No. En este momento soy el más miserable de los hombres. Mi hermano ha hecho nacer en mí la duda, y ha infiltrado en mi espíritu...

OBISP. ¿Solamente en tu espíritu?

SACER. Y en mi corazón también. Allí se recogen odiosos pensamientos que están a punto de serme queridos, y, aunque los rechace, aunque los arroje con las palabras y actos más enérgicos, no se van, y revolotean como punzadoras avispas. Y siento que esta alma de mujer, a la que yo me había dedicado con la piedad de un anacoreta, se me escape, y sea mi hermano quien nos la arrebate a Dios y a mí. ¡Si fuese otro siquiera! ¡Oh! La idea de que la Duquesa pueda pertenecer a mi hermano, o pueda ser su compañera, aunque me da vergüenza decirlo, me traspasa, me mata.

OBISP. ¿Por qué? Tú debieras regocijarte. ¿No es tu hermano un hombre honrado?

SACER. Lo es.

OBISP. ¿No ama a la Duquesa?

SACER. (Con violencia.) Sí.

OBISP. ¿Y no es amado por ella?

SACER. (Con cólera.) No lo sé. Es posible. Yo lo que quiero es que no se unan.

OBISP. ¿De modo, que estás celoso?

SACER. Lo estoy.

OBISP. ¡Pobre hijo mío!

SACER. Pero no de la manera que Monseñor piensa. En mi adhesión a esa criatura superior, no entra, os lo juro, ningún deseo culpable.

OBISP. Hasta ahora.

SACER. No. A pesar de las mezquinas tentaciones, que yo repruebo, si alguna cosa admiro en ella es su alma orgullosa y turbada que se remonta y engrandece en el abatimiento. Es su alma. nada más que su alma, lo que yo reclamo y quiero guardar, porque es en parte obra mía, hija de mi severidad y de mi absolución. Sólo yo en este mundo conozco lo que esa alma vale, y sé sus secretos, sus caídas, sus redenciones, sus espléndidas y ocultas hermosuras. Y digo, que nadie la merece. Ni mi hermano.

OBISP. ¿Por qué?

SACER. Porque la perderá.

OBISP. A menos, que ella lo convierta.

SACER. El será más fuerte.

OBISP. Y ella más paciente. Y tú debes seguir siendo Sacerdote.

SACER. Pero si me falta el espíritu, ¿cómo he de vestir ya estos hábitos?

OBISP. Porque ellos son tu salvaguardia y si tienes la desgracia de dejarlos, no tendrás consuelo. Además, estás ofuscado. Tú y tu penitente sois los forzados del escrúpulo. Os enloquece hasta el punto de haberos persuadido de ser culpables de

una falta que jamás cometeréis. Conozco el caso. He pasado por él. No tenéis la más ligera debilidad que reprocharos.

SACER. Sí. Yo tengo que reprocharme más de una.

OBISP. ¡ Bah ! Vuestras conciencias nunca han sido tan hermosas, como en el momento en que queréis demostrarme vuestra pretendida indignidad. Hace poco, y en este mismo sitio, en el que tú me hablas de desertar de la Iglesia, la Dupuesa se lamentaba de no poder abrazar la vida religiosa.

SACER. (Con alegría) ¿ Os lo ha dicho ? ¿ Y le habéis animado en ese pensamiento para el porvenir ?

OBISP. ¿ Con qué derecho ?

SACER. ¿ Cómo ? ¿ No encontráis que, para una alma deseosa de lo infinito y cansada del mundo, la vida del claustro es la más envidiable ?

OBISP. Sí. Pero el claustro no está siempre en las celdas y en las rejas.

SACER. ¿ Dónde, entonces ?

OBISP. En las prisiones del sacrificio y en las cárceles del deber. El deber de la Duquesa es el de vivir la vida de mujer : el tuyo, el de vivir la vida de Sacerdote.

SACER. Sea. Obedeceré. Seré siempre hijo sumiso. (Pausa) Ahora voy a pediros un favor.

OBISP. Díme.

SACER. Dentro de unos días partís para el Asia. Llevadme.

OBISP. ¿ A ti ?

SACER. Sí. No me dejéis solo. Empleadme

en el Hospital de leprosos. Cuidaré de los enfermos, y amaré sus úlceras.

OBISP. ¡ Sibarita !

SACER. Llevadme. Tened piedad. Me siento capaz, como Monseñor, de sufrir el martirio.

OBISP. Pero si ya no martirizan, hijo mío. Eso era en los buenos tiempos.

SACER. Esos tiempos pueden volver. ¡ Oh ! En un día de sol radiante, ver brotar mi sangre bajo el filo de los aceros.

OBISP. ¡ Artista, también !

SACER. (Poniéndose de rodillas.) Llevadme.

OBISP. (Con decisión.) Pues bien. Te llevo.

SACER. ¡ Oh ! Gracias.

OBISP. Con una condición.

SACER. La acepto.

OBISP. Que antes de partir, has de ver a la Duquesa.

SACER. Pero si no sabremos hablarnos, ni mirarnos siquiera.

OBISP. Aunque así sea. Es necesaria esta última entrevista, para que se disipe por siempre vuestra equívoca situación. ¿Me venís a contar que una víbora se ha deslizado y ha criado en vuestros corazones ? Pues hay que arrojarla y machacar su cabeza. No quiero, para descanso de vuestra conciencia, que llevéis cada uno mañana un recuerdo sombrío y dudoso.

SACER. Menos perjudicial, tal vez, que un buen recuerdo.

OBISP. Cien veces peor. Bien sabes que las heridas en que queda dentro el arma, nunca curan. Hay que arrancarla ; si no, se gangrenan. Vas a volver a ver a la

Duquesa, y eso bastará para que, encontrándoos frente a frente, desaparezca en un momento, y para siempre, el encantador maleficio.

SACER. ¿Y si sucede todo lo contrario?

OBISP. Allá veremos.

SACER. Evitadme esa prueba. No estoy seguro de mí mismo.

OBISP. Pues yo estoy seguro de vosotros dos. (Da un paso como para alejarse.) Voy a buscarla.

SACER. ¿Está ahí?

OBISP. (Indicando la puerta por donde ha salido.) Sí. En la Capilla.

SACER. ¿Y sabe que estoy con Monseñor?

OBISP. Lo sabe. (Da nuevamente un paso.)

SACER. Aguardad. No me abandonéis. Asistid a la entrevista.

OBISP. ¿Para qué?

SACER. Quedaos, por lo menos, cerca.

OBISP. No. Me marcho. Voy a casa del Duque de Chailles.

SACER. ¿A casa del Duque?

OBISP. Sí. Está expirando, y ella no lo sabe. (El Abate hace un gesto que demuestra su impresión. Abre el Obispo la puerta que conduce a la Capilla, y sale, dejándola abierta.)

ESCENA QUINTA

EL SACERDOTE, LA DUQUESA, EL OBISPO

(El Sacerdote queda inmóvil, la cabeza sobre sus manos, los ojos cerrados. El Obispo vuelve delante de la Duquesa. La Duquesa, al ver al Sacerdote, se conmueve, aunque reprimiéndose en seguida, y dirige al Obispo una mirada de reproche.)

OBISPO Señora. El Abate Daniel, que se ausen-

ta por mucho tiempo, (La Duquesa deja escapar un imperceptible ¡ Ah !) no ha querido marchar, sabiendo que estaba usted ahí, sin verla algunos instantes. (El Obispo saluda y sale.)

ESCENA SEXTA

EL SACERDOTE, LA DUQUESA

(Permanecen un momento entrecortados, inmóviles, silenciosos. La Duquesa da un paso, y rompe el silencio.)

DUQUESA ¿ Usted se marcha ?

SACERDOTE Sí, señora.

DUQSA. ¿ Cuándo ?

SACER. Dentro de unos días.

DUQSA. ¿ Y a dónde ?

SACER. A Asia. A cuidar leprosos.

DUQSA. Entonces... me quedo más desamparada que antes. Me había acostumbrado a su dirección, y cuando me hace más falta...

SACER. No tanto como a mí su debilidad.

DUQSA. ¿ Para qué podía servirle ?

SACER. Para darme fuerza. A menudo, nuestra mejor salvaguardia es la fragilidad de la que protegemos.

DUQSA. ¡ Oh ! Sus consejos eran para mí de una gran eficacia.

SACER. Ya no podían serle útiles.

DUQSA. ¿ Por qué ?

SACER. Porque los acontecimientos de estos días nos han hecho perder la confianza.

DUQSA. ¿ En quién ? ¿ En usted ? ¿ En mí ?

SACER. En los dos. Yo no puedo ya dirigirla.

DUQSA. ¿Y a quién recurriré? ¿A un desconocido? Prefiero no tener ninguno.

SACER. Yo era ayer el desconocido.

DUQSA. Sí. Y también considero una desgracia el que haya usted dejado de serlo.

SACER. O una suerte. Oigame usted, y óigame usted con una atención inmaterial, la más angélica y mejor que encuentre, como si estuviera muy lejos de mí, aun estando tan cerca; con toda la energía de su sér, desprendido del mal y dirigiéndose hacia el bien. Olvide usted que esta voz corporal es mi voz terrena y despreciable, y esfuércese en creer que es voz espiritual que no puede mentir.

DUQSA. Le escucho a usted así.

SACER. Hay, a veces, en nuestra vida momentos inesperados, soberanos, decisivos. Momentos fulgurantes que arrojan sobre nuestro destino un resplandor de fuego, como esos meteoros que brillan de tarde en tarde en el cielo, y de los que nadie sabe qué significa su luz purpúrea, si es un cataclismo o una apoteosis. Pues bien; tengo la certeza de que nosotros nos encontramos en uno de esos momentos.

DUQSA. Lo creo, como usted.

SACER. ¡Oh, Dios mío! Es preciso que esto sea una apoteosis. Yo quisiera hablarle a usted con las palabras más puras, con un lenguaje al que ninguno hubiese igualado en excelsitud. Todo lo que usted vale, lo sé yo, y solamente yo, porque usted abrió el libro de sus pensamientos íntimos para que yo leyera en él. Y por tal motivo, ni usted ni su porvenir me inquietan. Mas, para estar del todo se-

guro, antes de separarnos quisiera oír de sus labios que está usted completamente tranquila, con la tranquilidad y serena calma de un lago. Dígame usted que, a medida que me oye, me comprende y se tranquiliza, que nuestras almas son dueñas de nosotros, y que han sujetado las pasiones de los sentidos.

DUQSA. Sí. Se lo aseguro.

SACER. ¡ Oh ! ¡ Qué dichoso soy !

DUQSA. (Pausa.) Un consejo. El último.

SACER. Hable usted.

DUQSA. Le parecerá inhumano, que en vida de ese moribundo, que es mi marido, piense en su desaparición ; mas debo preverlo todo. ¿ Qué he de hacer el día que falte ? ¿ Dónde cree usted que está mi felicidad ?

SACER. En el amor.

DUQSA. (Con alegría.) ¿ En el amor divino ? ¿ En el claustro ? ¡ Ah ! Sí. Ya lo había escogido.

SACER. En el claustro, no.

DUQSA. ¿ En el amor humano ?

SACER. En el amor humano, que tiene también su parte de divino.

DUQSA. ¿ Y usted me aconseja que me vuelva a casar ?

SACER. Sí, señora, para ser madre. Los diez dedos de un niño son la decena de las cuentas del rosario que deben besar sus labios.

DUQSA. ¿ Cómo ? Ayer me prohibía usted amar, y hoy casi me lo ordena ?

SACER. Ayer, no la conocía, ni me conocía a mí mismo. Usted es un sér lleno de vi-

da y de ternura, y a sus rodillas no sientan bien las losas de una celda, ni el negro velo a su frente. Usted no ha vivido todavía, no ha amado. Por eso quiero que un día sea la mujer del único hombre que ha conmovido su espíritu y ha interesado su corazón : de mi hermano, que la adora.

DUQSA. Pero, ¿ con qué insistencia me habla usted de ello ? ¿ Con qué extraño ardor lo desea ?

SACER. ¿ Le choca a usted ?

DUQSA. Naturalmente. ¿No es el enemigo, el ateo?

SACER. Lo es. Mas respetará las creencias de usted.

DUQSA. ¿ Y no le tiene usted rencor ni envidia ?

SACER. Ni celos.

DUQSA. ¿ Usted le quiere ?

SACER. Sí. Le quiero. Su felicidad me llena de alegría. Y en lo futuro, (*Se conmueve al pronunciar estas palabras.*) me será inefablemente consolador el pensar que la posee por mí. ¿ Seguirá usted mi consejo ?

DUQSA. Lo seguiré. Y estoy sorprendida, encantada. Le admiro.

SACER. ¡ Señora !

DUQSA. Ante el deseo de rehabilitar a su hermano a mis ojos, se ha arriesgado usted a hablarme del amor, no como sacerdote, sino como hombre. Y con acentos tan puros, que ha encontrado usted el medio de hacérmelo comprender y sentir. Sí, usted, el eterno solitario, el cautivo del celibato, el del sacrificio de los castos votos, es el que me ha abierto la puerta de los paraísos terrenales, que para usted están prohibidos.

SACER. Y para usted están completamente abiertos.

DUQSA. Sí. Ya estoy libre, y lo estoy, gracias a usted. Me empeñaba en engañarme; pero a medida que usted hablaba, una mujer nueva, radiante de alegría y de esperanzas, surgía en mí. ¡ Qué revelación ! Y ahora se lo digo a usted, pues no debo ocultárselo por más tiempo. Jamás he dejado de amar a su hermano.

SACER. ¡ Ah !

DUQSA. Jamás. Cuando creía detestarlo, le amaba. Cuando me arrepentía, bajo la absolución de usted, le amaba también. Y usted tiene razón. Negro o blanco, el velo no está hecho para mí. Decididamente, no soy más que una mujer, una mujer sujeta a su corazón y a sus sentidos. (Pausa.) ¡ Oh... ! pero ¿ qué ha hecho usted ?

SACER. ¿ Que qué he hecho ?

DUQSA. Sí. En este instante, en vez de demostrarle reconocimiento, debiera guardarle eterno enojo.

SACER. ¿ Por qué ?

DUQSA. Porque me ha lanzado usted en plena esperanza, sin pensar que no puede convertirse en realidad. (Desde un momento antes, la puerta del fondo se abre y aparecen Monseñor Bolene y el Doctor Morey.) El Duque de Chailles vive todavía. (Oye los pasos del Obispo y del Doctor, los ve graves y silenciosos, y adivina algo fatal.)

ESCENA ULTIMA

Los mismos, EL DOCTOR, EL OBISPO

OBISPO. No, señora, ya no vive.

DUQUESA. (Después de una exclamación contenida y un momento de estupor.) ¿Ha muerto? (Signo afirmativo del Doctor.) ¿Sólo? ¿Sin mí?

OBISP. (Señalando al Doctor.) Nosotros hemos recogido su último suspiro.

DUQSA. ¿Y ha sufrido?

DOCTOR. No.

OBISP. Ahora, puede usted, señora Duquesa, poner en práctica su proyecto.

DOCT. ¿Qué proyecto?

OBISP. El de entrar en un Convento.

DOCT. ¡Oh! No. Yo le suplico que lo medite.

DUQSA. Lo he meditado. Ayer quería, en efecto, morir para el mundo y refugiarme en Dios; pero Dios me hizo comprender claramente que mi destino era vivir la vida de mujer.

DOCT. (Va hacia ella.) ¡Ah!

DUQSA. (Imponiéndole silencio con el gesto.) No me diga usted nada. Voy al lado del muerto.

OBISP. La acompaño a usted.

DUQSA. (Al Doctor.) Y ahora, dígale adiós a su hermano.

DOCT. Adiós.

DUQSA. (Después de titubear, y como si fuese a decir la determinación del Sacerdote. Este, con una mirada, le ruega que se calle.) Su hermano va a partir.

OBISP. (Aprobando.) Conmigo.

SACER. (Abriendo los brazos a su hermano.) Para siempre.

DUQSA. (Al Doctor.) Abrácele usted. A él se lo debe usted todo.

DOCT. (Admirando el sacrificio de su hermano.) ¡ Oh ! (Se abrazan.)

TELÓN